

sente cuestion, sus bases fundamentales, para sacar en seguida, como consecuencia que rectamente se deduce de esas premisas, la indispensable necesidad de la intervencion europea y del restablecimiento del imperio en México.

Ante todas cosas, comenzaremos por establecer que hay dos cuestiones muy distintas en ésta que se llama CUESTION MEXICANA: la una es la cuestion europea, y la otra, la cuestion americana.

Las dilucidaremos ambas para dar mayor claridad al asunto, y despues procederemos á refutar los principales errores que se advierten en los discursos pronunciados por la oposicion francesa sobre los asuntos de México

II.

La cuestion europea que se eslabona con la de América, es la del equilibrio de las grandes potencias del orbe. Desde Justo Lipse hasta nuestros dias, el sistema político de Europa no ha tenido otra basa; pero hoy el eje en que descansa ese equilibrio está desquiciado. El crecimiento sin igual de un pueblo en este hemisferio y el poder inmenso que ha revelado al mundo en la lucha gigantesca que le devora, han hecho abrir los ojos á las otras naciones que contemplan asombradas tantos recursos y tanta pujanza como los que ponen en juego en su guerra civil los anglo-americanos; recursos y pujanza que ni ellos mismos podian sospechar que tuvieran en tanto grado.

Hagamos una rápida reseña de su engrandecimiento.

En primer lugar debemos asentar este hecho, que la república de Washington, apartándose de las sanas doctrinas de sus sabios y prudentes fundadores, quiere estenderse, en una proporcion desmedida, á costa de sus vecinos mas débiles, pretendiendo así cumplir lo que allí llaman el destino manifesto de la raza anglo-sajona en América.

Una contemplacion filosófica de los grandes acontecimientos humanos, nos enseña que por lo regular la caida de los gobiernos como el desquiciamiento y la ruina de los imperios mejor consolidados, tienen su origen en el abuso del principio que les ha dado vida. Sin entrar ahora en la comprobacion de esta verdad, porque seria ocioso registrar la historia para demostrarla, sobre todo, cuando nadie puede ponerla en duda en su aplicacion á los Estados-Unidos, porque la misma guerra por la que están pasando en estos momentos es la mejor prueba de su exactitud, procederemos al examen de la política que han seguido con relacion á su engrandecimiento ter-

ritorial, para hallar de este modo la clave que nos explique sus antiguas pretensiones y sus nuevas necesidades.

Desde el dia 4 de Julio de 1776 los trece Estados que entonces se declararon independientes, han ido ensanchando sus conquistas hasta hoy. La historia de las agregaciones sucesivas de territorio en los Estados-Unidos ofrece un espectáculo muy singular, que caracteriza á ese nuevo pueblo, formado de la aglomeracion de individuos que de todas las partes del mundo han ido allí halagados por la esperanza de enriquecerse, predominando como tipo en el cual van á confundirse tantas nacionalidades distintas, el de la raza anglo-sajona, con sus instintos invasores y mercantiles, como si en la historia moderna la Providencia, que dirige los destinos de las sociedades humanas, quisiera presentarnos reunidos en un solo pueblo, los rasgos mas notables que distinguieron en la antigüedad á los penos y á los romanos.

El dia 30 de Abril de 1803, un ministro americano, aprovechándose de la situacion en que entonces se hallaba la Francia, acepta, sin facultades para ello, pero sin titubear, la oferta que le hace Napoleon I de ceder la Luisiana á los Estados-Unidos, por la suma de quince millones de pesos! Esta cesion tan barata como importante, debió sin duda despertar la codicia de los anglo-americanos é inspirarles el deseo de redondear su territorio, por la parte del Atlántico, con la adquisicion de las Floridas, que al fin obtuvieron por el tratado del 23 de Febrero de 1819, cuyo tratado se negó á ratificar Fernando VII en Agosto de dicho año, pero que sancionaron las Cortes el 22 de Febrero de 1821, y se llevó al cabo el 7 de Julio siguiente.

El 21 de Enero de 1823, en cuyo año se declaró por el congreso crimen de piratería el tráfico de negros, Mr. Clay presentó en la cámara de representantes una *resolucion*, por la cual los Estados-Unidos declaraban oponerse á una intervencion armada de la Europa para apoyar la reconquista de las colonias españolas.

He aquí, pues, los dos rasgos característicos de la política americana desde que comenzaron á figurar con cierta representacion en el equilibrio político del mundo cristiano: ensanchar su territorio, y oponerse á toda intervencion de Europa en América.

La primera parte de su plan político la han llevado al cabo hasta ahora con una felicidad que raya en fabulosa, pues habiendo comenzado su independencia con una estension de territorio que no pasaba del litoral ocupado por los trece Estados primitivos que formaban la Confederacion, hoy abarcan, merced á su fortuna y á las adquisiciones conseguidas por los tratados celebrados el 23 de Setiembre de 1783 con Inglaterra, el 30 de Abril de 1803 con Francia, el 23 de Febrero de 1819 con España, el 2 de Febrero

de 1848 y el 30 de Diciembre 1853 con México, una superficie que se aproxima mucho en estension á la que comprende la Europa entera.

En efecto, segun el mensaje presentado al congreso americano por el presidente en 1848, despues de la guerra con México, la república de los Estados-Unidos tenia entonces una estension territorial de 2,081.685,098 acres cuadrados, á los que deben agregarse las 23,210 leguas cuadradas que les cedimos por el tratado de la Mesilla. Segun el censo formado en dichos Estados-Unidos en 1860, y el "Anuario de la Economía Política y de la Estadística para 1863," la superficie de esa república es de 8.306,865 kilómetros cuadrados, siendo su poblacion la de 31.648,496 habitantes, entre los cuales se cuentan 3.999,853 esclavos; cuando la Europa solo tiene, segun el "Anuario Enciclopédico" para 1859-1860, 10.148,000 kilómetros cuadrados, con una poblacion de 273,820,000 habitantes.

Por manera que los anglo-americanos ambicionan todavía aumentar su territorio con las futuras adquisiciones que proyectan contra México y la grande Antilla, cuando tienen ya tierras por mas de las ocho décimas partes de la Europa entera, con solo una novena parte de su poblacion!

Esta codicia de tierras tiene una esplicacion natural en la doble organizacion que presentan los Estados-Unidos, la del trabajo libre en los Estados del Norte, y la del trabajo forzado con la esclavitud de los negros en los Estados del Sur.

Esta diferencia esencial en la economía interior de los Estados de la gran confederacion americana, ha causado la guerra terrible que se están haciendo los del Norte y los del Sur, pretendiendo los segundos constituirse en república separada é independiente de los primeros.

La prevision de este suceso, cuya probabilidad era cada vez mas visible con motivo del aumento extraordinario que segun los censos periódicos adquiria la esclavitud en los Estados del Sur, llegando ya, como acabamos de verlo, antes de que comenzara la guerra, á casi cuatro millones los infelices que gemian allí bajo el yugo férreo de tan bárbara institucion; nos demuestra hasta la evidencia porqué los hombres políticos de las márgenes del Mississippi han ambicionado siempre la adquisicion de nuevos territorios por la parte de nuestras fronteras. De ese modo, en efecto, estendian su importancia sobre un país mas dilatado, y á su vez esa importancia pesaba con mayor gravedad en la balanza de las determinaciones del gabinete y del congreso de Washington.

Pero la esclavitud es un cáncer roedor de voracidad insaciable que, á medida que se le da mas alimento, es mas terrible en sus exigencias. Y así es cómo se explica porqué los Estados-Unidos, que en un principio no tenían

un palmo de tierra en las playas del Seno Mexicano, hoy que ocupan desde el cabo de Tancha, en la punta meridional de la Florida, hasta la desembocadura del Rio Bravo del Norte, una inmensa estension de costas, en las que mezclan sus lágrimas con las olas del Océano los infelices negros; hoy que poseen tantos flancos débiles en esas costas por donde pueden ser atacados con gran ventaja en una guerra extranjera, calculan que les es necesario todavía, para su propia conservacion, si no adquirir inmediatamente todas las demas tierras bañadas por las aguas del Golfo Mexicano, á lo menos dominar en él sin rival ni contradiccion.

La guerra civil actual en los Estados-Unidos ha de tener como resultado próximo la ereccion de los Estados del Sur en república separada é independiente, ó la dominacion completa de dichos Estados por los del Norte.

Si la resolucion de este problema, que se está debatiendo con tanto encarnizamiento en los campos de batalla, es favorable á los Estados del Norte, los abolicionistas se aprovecharán sin duda del triunfo para imponer la manumision en todos los Estados de esclavos. En este caso, un cambio tan radical en la economía interior de la gran república americana ejercerá una influencia incalculable en los otros países que todavía conservan la esclavitud en América, como son las colonias españolas y el imperio del Brasil.

Por lo que toca á México, debemos advertir que antes de estallar la guerra en los Estados-Unidos, la ambicion de estender su territorio á costa nuestra, estaba templada, pero no sofocada, en los Estados del Norte por el temor que en ellos predominaba de acrecentar el poder y la influencia de los Estados del Sur, que eran los que salian beneficiados directamente con este aumento territorial.

Si la influencia de los abolicionistas no fuere bastante para hacer decretar desde luego la emancipacion de todos los negros, y en esa situacion tuviesen los Estados-Unidos una guerra con la Gran Bretaña, por ejemplo, que ha dado la libertad en sus colonias de América á todos los esclavos que en ellas tenia, no hay duda que correrian gran peligro por la parte del Sur los anglo-americanos; porque á la Inglaterra le seria muy fácil desembarcar en ella muchos miles de negros que, hablando el mismo idioma que sus hermanos de color, esclavos todavía allí, y ofreciéndoles la libertad con armas para conquistarla, causarían una conflagracion general en esa parte del Sur. Este peligro no le desconocen los anglo-americanos, á pesar de la confianza que manifiestan en su superioridad incontestable sobre la raza africana; y el ejemplo de la severidad con que juzgaron y condenaron á John Brown, prueba superabundantemente la verdad del aserto que dejamos estampado.

Para apercibirse contra esta eventualidad y para conservar y fortalecer su influencia, los Estados del Sur han trabajado siempre sin descanso ni vagar por la adquisicion de la isla de Cuba y de nuevos territorios en México. En esta sed de adquisicion de tierras no les han ido en zaga los Estados del Norte, á pesar del temor y de la rivalidad que han sentido siempre respecto de los Estados del Sur, puesto que no han tenido empacho ni el presidente de los Estados-Unidos ni el último de los pseudo-demócratas que abogan por la esclavitud de una parte del género humano, en suponer contra México los cargos mas infundados, los mas notoriamente falsos, ni en insistir en la compra de la isla de Cuba, á pesar de que la sola indicacion de este proyecto fué bastante para que en España recibiera el agente del gabinete de Washington un triste desengaño.

Si la guerra civil en los Estados-Unidos tiene por resultado la ereccion de la república de los Estados del Sur, la conservacion de la esclavitud en ella será una consecuencia natural de su separacion, y entonces los peligros que dejamos señalados en el supuesto de una guerra con la Gran Bretaña, serán tanto mayores para la nueva república cuanto mas reducido quede su poder. Esos peligros influirán en ella con mayor fuerza para hacerla ambicionar la adquisicion de la isla de Cuba, que por su posicion geográfica es un valladar de la mayor importancia, pues si los Estados del Sur llegasen á ser dueños de la reina de las Antillas, el ancho Seno Mexicano se convertiria en un gran lago de los Estados Confederados; cuyas dos entradas, la una por entre el cabo de Tancha y la punta de Hicacos en la isla de Cuba, y la otra por el estrecho formado entre el cabo de Catoche en Yucatan y el de San Antonio en dicha isla, se podrian cerrar con un crucero de pocos buques monitores, cegando así por esa parte, de una manera muy ventajosa para ellos, la fuente de los graves peligros que correrian en una invasion extranjera de la clase que dejamos indicada.

El conocimiento de las pretensiones de los Estados-Unidos y el riesgo con que siempre amenaza á las sociedades humanas el engrandecimiento desmedido de un pueblo, inspiraron á las potencias occidentales de Europa, hace algunos años, la idea de hacer entrar al gabinete de Washington en convenios por los cuales se garantizasen recíprocamente las partes contratantes la integridad de sus posesiones respectivas. El gobierno americano se negó á entrar en tales convenios, y las razones en que fundaba su negativa debieron despertar en Europa mayores temores que los que antes habia sobre las pretensiones ambiciosas de los anglo-americanos.

Esta divergencia de miras y de intereses entre los Estados-Unidos por una parte, y Francia, Inglaterra y España por otra, ha hecho pensar á algunos

hombres previsores en la posibilidad de una guerra de Occidente, parecida en sus causas y en sus tendencias á la de Oriente que con tanta gloria terminaron, con la toma de Sebastopol, los ejércitos aliados de las naciones europeas que comprendieron la necesidad de poner coto á las invasiones y al engrandecimiento de la Rusia.

Esta necesidad se hacia cada vez mas patente respecto de los Estados-Unidos, y á no ser por la guerra en que se hallan empeñados, ¿quién puede decir lo que seria hoy de nosotros?—De seguro que si los dejan en libertad de estenderse como lo ambicionan, crecerán hasta hacer que la tierra y su dominacion no tengan en América mas que un mismo término.

Empero, como el ensayo de una gran dominacion de pueblos concentrada en una sola autoridad, cual sucedió en Roma, no tuvo para la humanidad resultados felices, no alcanzamos de qué modo pudieran los anglo-americanos afianzar su poderío, estendiéndose tanto; pues mientras mas ensanche adquieran, mayores serán las dificultades que tengan para conservarse unidos y para defenderse de un enemigo extranjero. La historia del mundo nos enseña, con innumerables ejemplos, la facilidad con que los grandes conquistadores, sean pueblos ó reyes, destruyen la independencia política de otras naciones; pero tambien nos demuestra la dificultad que encuentran para conservar despues bajo su dominio las tierras que someten á su yugo. El genio de un gran capitán es suficiente sin duda para ganar batallas y para cambiar, si se quiere, en pocos años la faz de un continente; mas para dar consistencia y porvenir á su autoridad, se requieren otras dotes distintas que para conquistar. Así sucedió con Alejandro Magno, cuyo imperio colosal vemos desmembrado y disuelto á la muerte del héroe de Macedonia; así sucedió tambien con el grande Aníbal, que perdió sus conquistas en pocos años; y con César, que no recogió ningun fruto de sus victorias; y con los descendientes de Carlomagno, que no pudieron conservar el imperio de Occidente; y con los de Gengiskan, entre quienes se dividió el fundado por este célebre conquistador asiático; y con los de Tamerlan, que fué acaso el mayor conquistador del mundo, y cuyos inmensos dominios se repartieron entre sus muchos herederos; y con Carlos V que tuvo que dividir, antes de su muerte, sus distintas posesiones, en las que nunca se ponía el sol; y así sucedió por fin en nuestros días con el gran Napoleon que en cada batalla ganaba un reino que agregaba á la auréola de sus conquistas, y cuya obra desapareció á su caída como por ensalmo.—; No parece sino que la Providencia no consiente que se repita de nuevo una gran dominacion de pueblos!

Pero mientras llega el desmembramiento, se pasa por la conquista, y los

males que con ella se sufren son incalculables; por cuya razon es menester apercibirse con tiempo contra las eventualidades. Cualquiera otro camino que se siga, conducirá infaliblemente al error, y en este particular cualquier error es grave, porque puede comprometer la paz y la felicidad de los pueblos y causar gran derramamiento de sangre humana.

III.

Colocado el imperio mexicano en medio de los mares, entre las dos estremidades, oriental y occidental, del antiguo mundo; bañadas sus costas por dos grandes océanos que facilitan sus comunicaciones con todos los pueblos de la tierra, y favorecido además por la naturaleza que con mano pródiga derramó sobre esta verdadera tierra de promision sus dones á porfía, pues á la vez que la dotó con todos los climas, la enriqueció con la facultad de producir cuantas cosas son necesarias á la vida y bienestar del hombre; y colocada también la isla de Cuba á la entrada del golfo de México, cual si fuera el centinela avanzado de una fuerte posición estratégica, y dotado su suelo con una feracidad prodigiosa para la producción de los frutos coloniales; — era muy natural que los vecinos Estados del Norte trataran de aprovechar la ocasión oportuna que se les presentara para dominar en este país y en la grande Antilla, á fin de imponer la ley en el Seno Mexicano y convertirle en un gran lago de su confederación.

Pero también era natural que por su parte las potencias occidentales de Europa comprendieran los peligros que para su comercio y su industria acarrearía un incremento tan extraordinario en un pueblo inclinado por su misma prosperidad á las aventuras más arriesgadas.

La pugna de estos grandes intereses y los conflictos que esa pugna puede originar, constituyen precisamente la cuestión americana.

De las potencias europeas, España es la que está más directamente interesada en la cuestión, porque es la que corre más peligros de perder sus colonias en esta parte del mundo.

Un acontecimiento desusado en la política ibérica y único en su género en la moderna historia de las naciones hispano-americanas, acaba de consumarse en estos últimos años. La pequeña república de Santo Domingo se ha incorporado en su antigua metrópoli, y esta anexión que, á pesar de los recientes disturbios de que es teatro esa isla, se llevará al cabo con el brío que se ha despertado de nuevo en los españoles con motivo de su feliz cam-

paña de Africa, nos sugiere varias observaciones que nos apresuramos á estampar aquí, por la trascendencia que semejante hecho puede tener en nuestras propias cosas y por el influjo que debe ejercer en Cuba y en Puerto-Rico, en un porvenir más ó menos cercano, sobre la sustitución del trabajo del hombre libre, en lugar del que hacen los esclavos; trabajo que se explota hoy en una inmensa escala, tanto en los Estados-Unidos, como en el Brasil y en las espresadas colonias españolas.

La cuestión de la esclavitud, resuelta ya en principio hace tiempo de una manera favorable á la dignidad humana y que intereses poderosos oponen todavía obstáculos para que tan noble resolución se aplique convenientemente en los pueblos que dejamos mencionados, pesa en la política de esos países, en términos de haber provocado la guerra civil actual en los Estados-Unidos, con grandes probabilidades de que, si no tiene por resultado la desmembración inmediata de la Gran República Americana, tendrá el de allanar por lo menos las dificultades de la emancipación de sus esclavos, bien que á costa de los más crueles sacrificios.

Al decretar el gobierno español la reincorporación de Santo Domingo en la monarquía de Isabel II, ha tenido esta reina que tributar un digno homenaje á la humanidad y á los progresos de la civilización, declarando que en su nueva colonia no se restablecerá la esclavitud.

Isabel I fué entre los monarcas de España quien primero consintió en que se trajeran de Africa negros esclavos á la América; y al cabo de tres centurias y media, Isabel II es la primera que, en el trono de Castilla, reconoce el principio, con el hecho consumado en Santo Domingo, de la emancipación de esos mismos negros!

Esta coincidencia entre las dos Isabeles está realzada por esta otra más digna de notarse todavía, cual es la de que en la isla de Santo Domingo fué donde primero importó España negros esclavos de Africa, y que en esa misma isla es donde primero ha tenido que reconocer España su libertad.

¿Pero este suceso podrá considerarse por el gobierno español como un hecho aislado, sin trascendencia ninguna en sus demás posesiones de América?

Mucho se engañarían los consejeros de Isabel II si tal cosa se imaginaron al inclinar su ánimo á aceptar la anexión de la parte española de la isla de Santo Domingo.

En efecto, consistiendo las otras posesiones de España en América, en las islas de Cuba y Puerto-Rico, explotadas por negros esclavos, y hallándose la de Santo Domingo en medio de las dos y separada tan solo de ellas por pequeños freus que la ponen á muy corta distancia de la una y de la otra,

y en constante comunicacion con ambas, ¿cómo será posible preténder que los principios de libertad reconocidos en la una, no ejerzan ningun influjo en las otras dos?

Lo que se considere bueno y justo para Santo Domingo, no puede menos de considerarse justo y bueno tambien para Cuba y Puerto-Rico; y como quiera que el gobierno español no se halla en la situacion en que se encontraba el gobierno inglés cuando decretó la emancipacion de los negros en sus colonias de América, esto es, en aptitud de emancipar á los esclavos de Cuba y Puerto-Rico, pagando la debida indemnizacion á sus amos, tendrá que ponerse en cada disposicion que adopte, relativa á la administracion de Santo Domingo, en contradiccion manifiesta con las medidas que tome en el gobierno de sus otras colonias. El mal que de esto debe resultar, se puede disminuir considerablemente cambiando España de política en Cuba y Puerto-Rico; y para que ese cambio sea eficaz, es menester que tienda á satisfacer las legítimas aspiraciones que nacen de los progresos y adelantos á que han llegado los cubanos y portorriqueños.

No dudamos que si el gobierno español se deja guiar por la luz de la esperiencia, así lo hará; porque está en su interes hacerlo. Además, habiéndose establecido en la Península, desde hace algunos años, el sistema constitucional y con él todas las instituciones que le son consiguientes, si el gobierno español se desvia, en la administracion de sus colonias, de los sanos principios que en la madre patria recomienda, y sobre todo, si establece diferencias odiosas entre unas y otras, la contradiccion en que incurra hará muy precaria su situacion en ellas. Cuando esta contradiccion recae sobre los principios fundamentales del orden social, no es de creerse que el afianzamiento de las instituciones que rigen en esas colonias llegue á consolidarse nunca; porque no es propio del orden progresivo y natural de las sociedades humanas, que un gobierno se sostenga mucho tiempo en perenne oposicion con los mismos principios que en otras partes ha tenido que reconocer, y mas que reconocer, que sancionar por su bondad.

España tendrá, pues, que variar de política con Cuba y Puerto-Rico, si no quiere esponer estos preciosos florones de la corona de Castilla á las mas graves perturbaciones en su economía interior.

Al aceptar la emancipacion de la esclavitud en la isla de Santo Domingo, donde solo los negros se ocupan en la labranza de la tierra, reconoce tambien la posibilidad de explotar por brazos libres las ricas posesiones de Cuba y Puerto-Rico, y esta posibilidad que se ha negado tenazmente por los partidarios de la esclavitud, convertida en un hecho, pulveriza en todas sus partes el grande argumento que los estadistas miopes de la política colonial

oponian siempre contra una emancipacion gradual y prudente de los esclavos, como si fuera posible la existencia perpetua de una sociedad humana, fundada en un orden de cosas del todo opuesto á la misma humanidad.

Si el trabajo por brazos esclavos fuera una necesidad indeclinable en ciertas comarcas de la tierra, seria entonces preciso admitir que la Divina Providencia habia condenado irremediabilmente á los habitantes de esas comarcas, á no poder vivir sin la terrible institucion de la esclavitud; fallo cruel, inhumano é incompatible con la sabiduría infinita del Supremo Hacedor.

No hay duda que tanto en las colonias españolas, como en los Estados-Unidos y en el Brasil, el cambio del trabajo que hoy hacen los esclavos por el de hombres libres, combinando la manumision de aquellos con la importacion de estos, ha de causar en la economía interior de esos países trastornos mas ó menos graves, segun sea mayor ó menor la cordura con que se proceda en esta gran reforma; pero de esos trastornos no se deduce que deba rechazarse la medida, cuando su necesidad es cada vez mas apremiante.

Una falsa política de torpe equilibrio ha impulsado al gobierno colonial español á mantener en las colonias que le quedan en América el tráfico de esclavos, figurándose que mientras los blancos temen una sublevacion de los negros, no se atreverán á levantarse contra la madre patria. Ya pasó el tiempo de una política tan suspicaz y cautelosa, y el gobierno español se verá obligado, á consecuencia de los mismos incidentes que se vayan presentando, á tomar con oportunidad las medidas indispensables que las circunstancias requieran, para poner en armonía su nueva posicion en América, con la posibilidad de conservar sus colonias.

¿Y cuáles serán esas medidas?—La contestacion á esta pregunta envuelve precisamente la resolucion del gran problema que preocupa hoy á los hombres de Estado de la metrópoli y á los habitantes pacíficos de las colonias, que quieren llegar al goce de los derechos del ciudadano de todo país libre, sin pasar por los violentos sacudimientos que producen las revoluciones á mano armada, y que quieren tambien, por medio de reformas juiciosas y adecuadas á las circunstancias, que cada dia se aumente mas y mas en su patria el número de los individuos que deben participar de los grandes beneficios que trae consigo la civilizacion.

Cuando un país ha estado gobernado durante mucho tiempo por instituciones como las que rigen en las colonias españolas, al gobierno es á quien le toca tomar la iniciativa en las reformas que hacen necesarias las nuevas exigencias sociales. Pero si el gobierno, alucinado ó mal aconsejado, se abstiene de tomarla, creyendo engañado que puede seguir tranquilo por la senda que se ha trazado, sin variacion ninguna, cuando todo en su derredor cam-

bia, varía, se mueve, progresa y adelanta; ó si por temor de que una concesion le arrastre á otra y á otras que le sean consiguientes, se resiste á entrar por la vía que una política mas ilustrada y mejor inspirada debiera señalarle; entonces ese gobierno corre peligro de caer en caduquez, y de que los pueblos cuyos destinos debiera dirigir, tomen por sí la demanda y hagan sin él lo que él no supo, no pudo ó no se atrevió á hacer.

Grande seria, pues, la ilusion de los estadistas de la península ibérica si persistieran en creer que lo que se han acostumbrado á considerar como sistema necesario en las colonias y especialmente en Cuba, puede durar mucho tiempo, cuando con el trascurso de los años y con los progresos sociales de la grande Antilla, han variado tanto las cosas y han crecido tanto las necesidades y las legítimas aspiraciones de sus habitantes.

No hay un verdadero hombre de Estado que ignore hoy que llega infaliblemente un día en que el pueblo mas sumiso y obediente, sacude airado el molesto yugo de ciertas instituciones que, si en un principio pudieron ser adecuadas á las circunstancias que las inspiraron, con el tiempo caducan, y es indispensable reformarlas luego que dejan de estar en consonancia con el espíritu de la época, para evitar los sacudimientos que traeria consigo su violenta supresion.

Cuando nos alcanza ese dia sin que los estadistas encargados de dirigir los destinos del pueblo se penetren de la precision de cambiar de sistema, bien sea porque no comprendan los progresos sociales en todas sus tendencias, ó porque no descubran en ellos las nuevas necesidades que crean los adelantos de la civilizacion, ó porque estén obcecados con el influjo poderoso que en ciertas personas de rutina ejerce lo pasado sobre el presente; entonces los que piensan y preven, se afligen al contemplar que los esfuerzos de los hombres de corazon, de inteligencia y de buena voluntad, que desearian conciliar todos los intereses, y que en este sentido estarian mejor dispuestos que nadie á trabajar por el desenvolvimiento y consolidacion de un orden de cosas arreglado á las legítimas exigencias de la actualidad, se afligen, repetimos, al contemplar que esos esfuerzos tiendan á un fin del todo opuesto al que se propondrian bajo otras circunstancias. De aquí es que las mas veces sucede que esos hombres de corazon, de inteligencia y de buena voluntad, sin propósito deliberado, en lugar de propender al sostenimiento de lo que existe, ayudan por el contrario á su destruccion.

Los buenos españoles que piensan y preven, se afligen en verdad, porque no alcanzan cómo será posible, sin cambiar de sistema, fundar en sus colonias de América, fuera del círculo del ejército peninsular que en ellas mantiene la metrópoli, un elemento capaz de prestar al gobierno su ayuda in-

dependiente el dia de un conflicto. Y no se crea que es inútil esa ayuda, porque aun cuando todavía no se haya experimentado la necesidad de ella, á nadie se le esconde que lo que constituye en realidad la fuerza positiva de un Estado, es ese elemento social, conjunto de voluntades independientes de la autoridad, cuya adhesion es el resultado de una deliberacion libre y no de una obediencia pasiva. Ese elemento es el único que puede comunicar al gobierno aquella fuerza moral que se difunde por todas las clases de la sociedad, que penetra en el alma de las instituciones, que todo lo anima y vigoriza, siendo tal su favorable eficacia, que une estrechamente al país entero con sus gobernantes, por una accion espontánea, hija de la comunidad de miras y de intereses.

Este y no otro es el secreto de la fuerza imponderable de algunos Estados. Los gobiernos que se colocan fuera de tales condiciones, no se sostienen sino en virtud de una tirantez continua de todos los resortes de la administracion; y como es moralmente imposible que semejante orden de cosas constituya una existencia normal, su duracion no puede ser muy larga.

En vista de la exactitud de estas consideraciones, es de esperar que la ilustrada España de nuestros dias no desperdiciará ninguna buena oportunidad de introducir en el gobierno de sus Antillas todas aquellas reformas aconsejadas por una política previsora, y cuya conveniencia ha demostrado ya de una manera indudable la sábia y concienzuda esperiencia de otras naciones.

A nosotros no nos toca entrar en este escrito en la esplanacion de cuáles deban ser esas reformas, pero sí apuntaremos, cuando lo requiera nuestro propósito, aquellas que nos parezcan esenciales á la conservacion de los grandes intereses que, en el orden natural de las cosas, deben estar mancomunados en esta grave cuestion de América.

IV.

Para una nacion industrial y mercantil como es la Inglaterra, el problema de conservar la paz ó de mover guerras se resuelve por cifras. En la cuestion de Occidente ó de América, la Inglaterra pulsa dificultades de la mayor cuantía, que hasta ahora la han hecho cejar antes de comprometer un lance, siempre que ha podido hacerlo sin empañar mucho su honra; porque de una guerra con los Estados-Unidos, se seguiria indudablemente para ella la suspension de muchas empresas y especialmente de los trabajos en